

Noventa minuti en el Bernabeu son molto longos

Ninety minuti at the Bernabeu are molto longos

Manuel Cruz
Catedrático de Filosofía
Expresidente del Senado

Fecha de recepción 27/02/2023 | De publicación: 22/07/2023

RESUMEN

Aunque el presente que nos ha tocado en suerte vivir admitiría, sin duda, múltiples descripciones (por ejemplo, en términos de incertidumbre, de desorden o muchos otros), proponer una que ponga el acento en el modo en el que aquel es vivido por sus protagonistas no deja de resultar clarificador. Porque, en efecto, la percepción que tiende hoy a generalizarse, y que explica en gran medida buena parte de los rasgos del imaginario colectivo actual, es la de que en nuestra sociedad no solo se ha volatilizado la idea del futuro, en tanto que el pasado es un lugar de imposible regreso, sino que el presente en el que vivimos poco menos que confinados resulta un ámbito crecientemente hostil para un número también creciente de ciudadanos. En gran medida dicha hostilidad -o, por intentar hacer algo más comprensible el título del presente texto: una hostilidad sostenida que parece no tener fin, en un presente que ha perdido su tradicional fugacidad para devenir pura perseverancia en su realidad- viene relacionada con los problemas que viene sufriendo últimamente esa forma de vivir juntos en la que teníamos depositadas tantas esperanzas colectivas y que responde al nombre de democracia.

PALABRAS CLAVE

Acción; democracia; derecha; economicismo; Estado; ideología; individualismo; izquierda; política; populismo; responsabilidad.

ABSTRACT

Although the present that we have been lucky enough to live would admit, without a doubt, multiple descriptions (for example, in terms of uncertainty, disorder or many others), proposing one that emphasizes the way in which it is lived by its protagonists is not without clarification. Because, in effect, the perception that tends to be generalized today, and that largely explains a good part of the features of the current collective imagination, is that in our society not only has the idea of the future been volatilized, while the The past is a place of impossible return, but rather the present in which we live, almost confined, is an environment that is increasingly hostile for an equally growing number of citizens. To a large extent, this hostility -or, to try to make the title of this text somewhat more understandable: a sustained hostility that seems to have no end, in a present that has lost its traditional transience to become pure perseverance in its reality- is related to the problems that this way of living together in which we had deposited so many collective hopes and which responds to the name of democracy has been suffering lately.

KEY WORDS

Action; democracy; right; economism; State; ideology; individualism; left; politics; populism; responsibility.

Uno de los asuntos que Javier de Lucas ha tratado a lo largo de su obra con mayor agudeza ha sido el de las grietas que a menudo se abren en el discurso (cuando no, ay, en las propias políticas) de la izquierda como consecuencia de un inadecuado planteamiento de esos temas mayores que nunca deberían dejar de constituir la columna vertebral de su discurso y de su práctica. La referencia a las políticas y a la práctica resulta de todo punto pertinente para entender el calado de las aportaciones de Javier de Lucas. Que bajo ningún concepto deben ser interpretadas como ocasionales aportaciones intelectuales a los debates públicos por parte de alguien que hubiera decidido transitar, una vez cumplida una brillante trayectoria académica, por la política, sino como valiosas propuestas dirigidas a enriquecer nuestra vida democrática.

De ahí que me haya atrevido a titular mi colaboración a este merecidísimo homenaje en la forma en que lo he hecho. Espero que mi querido y admirado amigo no se moleste porque haga pública la recurrente broma que nos traíamos entre manos durante la etapa en la que coincidimos como senadores en la Cámara Alta. La broma -la frase entrecomillada del título, pronunciada, como es sabido, por el malogrado futbolista del Real Madrid Juan Gómez, Juanito, tras una derrota en campo contrario ante un equipo italiano, para avisar a este de la que le aguardaba en el partido de vuelta- nos servía para describir, en los escasos ratos en los que la actividad política nos permitía estar de buen humor, uno de los rasgos más significativos del presente que nos estaba tocando en suerte vivir.

Ambos éramos perfectamente conscientes de que ese mismo presente admitiría, sin duda, otras descripciones -por ejemplo, en términos de incertidumbre, de desorden o muchos otros- pero proponer una que pusiera el acento en el modo en el que aquel es vivido por sus protagonistas no dejaba de resultar clarificador. Porque, en efecto, la percepción que tiende hoy a generalizarse, y que explica en gran medida buena parte de los rasgos del imaginario colectivo actual, es la de que en nuestra sociedad no solo se ha volatilizado la idea del futuro, en tanto que el pasado es un lugar de imposible regreso, sino que el presente en el que vivimos poco menos que confinados resulta un ámbito crecientemente hostil para un número también creciente de ciudadanos. En gran medida dicha hostilidad -o, por tomarnos en serio la broma: una hostilidad sostenida que parece no tener fin, en un presente que ha perdido su tradicional fugacidad para devenir pura perseverancia en su realidad- viene relacionada con los problemas que viene sufriendo últimamente esa forma de vivir juntos en la que teníamos depositadas tantas esperanzas colectivas y que responde al nombre de democracia.

Pero pasemos de lo más genérico a lo algo más particular. En el debate sobre el estado de la nación de julio del 2022, el presidente del gobierno arrancó su intervención afirmando la importancia de sintonizar con el estado de ánimo de la gente. No es el primer responsable político, ni mucho menos, que hace esta afirmación. Así, Felipe González gustaba de repetir en su momento que la primera condición de un verdadero liderazgo político es la capacidad de hacerse cargo del estado de ánimo de la sociedad. Sin embargo, las especiales circunstancias que estamos viviendo en nuestros días hacen que merezca la pena detenerse en dicha afirmación, por muchos que hayan sido los que la repitieran en el pasado.

Porque de los diversos usos que de la misma cabe hacer merece la pena destacar dos. Por un lado, tendríamos uno al que cabría calificar de banal y, a menudo, también engañoso. Vendría representado por esas apelaciones vacías a la empatía que no parecen aspirar a otra cosa que a embellecer la imagen de los representantes públicos, presentándolos como profundamente preocupados por los problemas de los ciudadanos. En realidad, no es raro que esta en apariencia inofensiva aspiración esconda un propósito menos banal de lo que a primera vista podría pensarse. En concreto, el de mostrarse quien así se presenta como alguien que se limita a recoger y asumir el estado de ánimo de sus representados (y, si está en el gobierno, de la ciudadanía por entero), sin interferir, modificar o reconducir todo aquello que cree haber detectado.

Un buen ejemplo de este comportamiento vendría representado por un líder como Artur Mas, que no se privaba de repetir que acompañaría al pueblo de Cataluña hasta donde éste quisiera llegar, como si él mismo no tuviera opinión al respecto, o como si su opinión resultara un elemento irrelevante. El responsable político mutaba así en dama de compañía o mero sherpa, elijan ustedes la figura que más les agrade, de un pueblo avanzando hacia un destino que habría decidido con perfecta autonomía, sin necesidad de representantes políticos. El tiempo transcurrido ha proporcionado sobradas pruebas no solo de la mentira que escondía este planteamiento (nunca hubo movilizaciones espontáneas sino que en todo momento fueron resultado de una maquinaria oficial en la sombra)¹ sino de la intención desresponsabilizadora que escondía: de creerlo, a estos líderes no cabría reprocharles otra cosa que haber obedecido un presunto mandato popular.

¹ Véase el libro de Josep Martí Blanch, *Cómo ganamos el proceso y perdimos la república*, Barcelona, ED, 2018, donde el autor, desde la privilegiado posición que ocupó como secretario de comunicación del [Gobierno de Cataluña](#) desde febrero de 2011 a enero de 2016 certifica sin margen de error el carácter de mentira organizada desde el poder que siempre tuvo esta versión del *procés*.

De mayor interés, por su contenido político, es el otro uso posible de la apelación a sintonizar con el estado de ánimo de la gente. Dicho uso se produce cuando los responsables públicos se plantean, además de la sintonía, dar respuestas a las preocupaciones de los ciudadanos o, si se prefiere decirlo en términos aún más positivos, ofrecerles un proyecto colectivo que sea a la vez objetivamente viable, creíble y deseable para la mayoría de ellos. En este otro planteamiento se desestiman las falacias que ocultaba el primero (¿a qué parte del pueblo de Cataluña estaba dispuesto a acompañar Mas?, por señalar la que tal vez fuera más importante, teniendo en cuenta que no estaba dispuesto a ofrecerle su compañía a la totalidad de ese mismo pueblo) para, en su lugar, asumir una disposición activa. Porque es obvio que en muchas ocasiones las inquietudes ciudadanas pueden estar condicionadas por un sinnúmero de factores que conviene depurar previamente. De no hacerlo, corremos el peligro de asumir sin crítica actitudes que, a poco que se examinen con rigor, resultan de todo punto inaceptables (por ejemplo, racistas o sexistas). ¿O es que en los últimos tiempos Vox, por citar el caso más notorio entre nosotros, no ha presentado como un éxito de su formación el ser capaz de sintonizar con preocupaciones que el resto de fuerzas no se atrevía ni siquiera a mencionar en sus programas electorales?

En todo caso, la tarea de dar respuesta a las inquietudes de la gente exige, ante todo, identificarlas con nitidez, en la medida en que, a primera vista, alguien podría pensar que dichas inquietudes varían según sectores, tanto sociales como generacionales. En el plano material, un planteamiento generacional proporciona sin duda algunas claves de interés. Por ejemplo, parece claro que entre la gente de mayor edad, tanto la cuestión de las pensiones como la de la dependencia son vividas, por razones obvias, como extremadamente importantes. De idéntica forma que, por razones asimismo obvias, las dificultades para el acceso a un empleo estable y de calidad que permita desarrollar un plan de vida son asumidas con destacada preocupación por los sectores más jóvenes. Aunque también cabe señalar la existencia de asuntos que generan una preocupación relativamente transversal, como podría ser el de la seguridad, en ocasiones regalado de manera incomprensible a la derecha más extrema por parte de la izquierda.

Ahora bien, proceder así, esto es, identificando los asuntos que generan preocupación a los diversos sectores sociales, tal vez resulte un procedimiento necesario pero en modo alguno suficiente, en la medida en que, de contentarnos con ello, podríamos terminar desembocando, más que en una mirada de conjunto sobre lo que nos está pasando, en un patchwork o mosaico programático que, a pesar de su bienintencionado propósito de contentar a todos, dejara sin pensar el signo global de la deriva que está

adoptando nuestro presente y, en consecuencia, la respuesta, asimismo de conjunto, que merece. En parte para remediar esto y empezar a intentar una mirada sobre la totalidad, habría que introducir en el análisis el dato de que en un cierto sentido, la pandemia ha favorecido los planteamientos socialdemócratas, dejando sin sentido las tesis neoliberales más extremas, que tanto éxito tuvieron antes de la crisis del 2008, favorables al Estado mínimo y a cualquier iniciativa que, en general, redujera la importancia de lo público. Así, en nuestros días la necesidad de una sanidad pública universal potente se ha convertido en una reivindicación a la que ningún partido conservador, por más ultraliberal que fuera, se podría oponer.

En realidad, habría que decir mejor que la derecha ya no es rabiosamente ultraliberal sino que también ha asumido (máxime tras la nefasta gestión de la crisis del 2008, con su enorme secuela de damnificados) la necesidad de un Estado fuerte y no débil. Si situamos esta tendencia en paralelo a la interiorización del Estado del Bienestar que ha hecho la ciudadanía, el resultado es que algunas de las viejas estrategias polarizadoras han dejado de resultar de la menor utilidad política. Porque la naturalización que ha hecho gran parte de la ciudadanía de determinados servicios públicos (sanidad pública universal y gratuita, educación pública de calidad asimismo para todos, pensiones de jubilación dignas, prestaciones por desempleo, ayudas a la dependencia...) comporta que, por un lado, todas estas conquistas se hayan constituido en poco menos que irreversibles pero, por otro, hace que el reclamar el copyright sobre ellas (“fuimos nosotros los que trajimos...”, etc.), por más cargado de razón histórica que pueda estar, se haya convertido en un argumento político absolutamente obsoleto, en un cuchillo de madera por añadidura sin filo.

En todo caso, si el motivo del fracaso de las viejas estrategias polarizadoras de la izquierda fuera el hecho de que sus reivindicaciones más clásicas se han consolidado tanto que ya todo el mundo las da por descontadas, no solo no deberíamos preocuparnos en demasía, sino que probablemente deberíamos considerar esta situación como genuino motivo de celebración. Nos encontraríamos ante una de esas situaciones que alguien ha llamado alguna vez “morir de éxito”. Aceptando todo esto, tal vez de lo que se trate a partir de ahora sea de plantearse si lo que urge es buscar nuevos motivos para mantener activa la vieja polarización o lo que se impone es repensar la estrategia misma de polarización.

Desde hace un tiempo la sensación que transmite buena parte de la izquierda es la de haberse abonado a la primera opción. Es probable que lo peor de la misma sea la apariencia que ofrece de renovación mientras conserva, inalterada, la plantilla discursiva de siempre, como queda probada en el hecho de que

resulte incapaz de aceptar que el adversario político, la derecha, pueda actualizar, revisar o modificar sus antiguos puntos de vista y asumir, ella también, algunas de las propuestas de signo ecologista o feminista, pongamos por caso, en las que tantas esperanzas parece tener depositada la izquierda.

Probablemente estas resistencias constituyan solo una pequeña muestra de una resistencia mayor a aceptar cambios de signo más profundo. Por ejemplo, las que se han producido en el imaginario colectivo de nuestras sociedades como consecuencia de las múltiples transformaciones de todo tipo que en aquellas se han producido. Así, no deja de ser curioso que la referencia, tan a la orden del día en algunos líderes de la izquierda, a “las clases medias y trabajadoras” -a menudo, más que una referencia, un auténtico mantra- soslaye elementos ideológicos que tradicionalmente habían sido tenidos en cuenta por esa misma izquierda, que algunos recordarán que incluso había llegado a cuestionar la utilidad analítica de la categoría misma de clase media. Ahora, por el contrario, se detecta una tendencia a utilizar en el espacio público un lenguaje que, al margen de la contaminación populista que insinúa (no queda tan lejos la notoriedad que algunos alcanzaron a base de contraponer casta y gente), no describe adecuadamente la realidad de las sociedades en las que vivimos. Me refiero a esa forma de hablar en la que parece darse por descontado que solo hay desfavorecidos y privilegiados. Secuelas de un lenguaje épico que probablemente a estas alturas posea un escaso poder movilizador.

Sin embargo, buena parte de la izquierda parece dar por descontada una correspondencia perfecta entre posición objetiva y percepción subjetiva, sin atender al hecho, fácilmente comprobable, de que una misma posición objetiva en la sociedad puede dar lugar a muy diversas, cuando no contrapuestas, percepciones subjetivas por parte de los individuos. Cosa ciertamente casi obvia, pero que parecen ignorar u olvidar quienes usan como una categoría de utilidad teórico-política la de sentido común, que se basa en el supuesto -naif, en la más benévola de las interpretaciones- de la inmediatez transparente entre realidad (o mundo) y discurso. A pesar de ello, en múltiples ocasiones se diría que la izquierda no se atreve a emprender una tarea -de crítica de ideas, para entendernos- ante la que antaño no retrocedía y que ahora, en cambio, parece generarle múltiples perplejidades. No se pretende afirmar que la insistencia en que hay que hablar de las cosas concretas, identificándolas como las que realmente preocupan a la gente, constituya una tarea innecesaria. Es, sin duda, una tarea necesaria pero, en una enorme medida, no suficiente.

Entre otras razones, por cierto, porque el adversario político conservador en modo alguno ha renunciado a ella. Incluso al contrario: ha perseverado en la misma, a sabiendas de su enorme repercusión práctica. Da un poco de apuro tener que recordar la existencia de elementos intangibles, de valores no directamente relacionados con lo material, que llevan a los individuos y grupos a actuar de una forma en ocasiones incluso poco compatible con sus reales intereses materiales. Pero no otra cosa es lo que sucede esas muchas veces en las que los responsables políticos, sorprendidos ante el hecho de que su gestión de gobierno sea escasamente valorada por la ciudadanía, atribuyen ese déficit a una deficiente comunicación, al tópico “no nos hemos sabido explicar”, cuando no se trataba de eso, sino de explicar todo otro orden de asuntos.

Al comportarse de esta forma, al incurrir en semejante actitud, se corre el peligro de desembocar en una variante de economicismo grosero, al que se estaría aludiendo con la expresión “cosas concretas que realmente preocupan a la gente”, pero que no incorporaría al análisis los valores o el marco ideológico en que las personas inscriben dicha preocupación. Y así, no solo se descuidan cuestiones como las de la identidad nacional y otras de similar dimensión superestructural, por decirlo a la antigua manera y que a la vista está que mantienen una enorme capacidad de movilización, sino también las actitudes, en algunos casos profundamente insolidarias y sin la menor perspectiva de clase o de pertenencia a comunidad alguna, que desarrollan los individuos incluso cuando se incluyen objetivamente en el grupo de los desfavorecidos.

Pero, entretanto la izquierda abandonaba ese terreno, el pensamiento conservador, decíamos, se ha aplicado con tenacidad a cultivarlo, recogiendo en no demasiado tiempo sus frutos. Así, refiriéndose al discurso individualista de esas clases medias en apariencia poco ideologizadas (aunque en realidad contaminadas de determinadas ideologías de sesgo conservador) Pascal Bruckner en su libro *La tentación de la inocencia* ha aludido a “esa enfermedad del individualismo que consiste en tratar de escapar de las consecuencias de los propios actos, a ese intento de gozar de los beneficios de la libertad sin sufrir ninguno de sus inconvenientes y que se expande en dos direcciones, el infantilismo y la victimización, dos maneras de huir de la dificultad de ser, dos estrategias de irresponsabilidad bienaventurada”.²

² Pascal Bruckner, *La tentación de la inocencia*, Barcelona, Anagrama, 1996, págs. 14-15.

Importa resaltar que ambas direcciones serían en alguna medida el resultado de la renuncia de la izquierda a dar la batalla -o a dar la batalla adecuada si se quiere plantear la cosa con mayor precisión- en el terreno de las ideas. Porque repárese en que uno de los efectos del planteamiento de matriz populista -que se tiene a sí mismo por el no va más del progresismo- de hablar como si solo hubiera desfavorecidos y privilegiados, es que termina provocando o bien que todo el mundo busque ser aceptado, en calidad de víctima, en algún grupo establecido como tal, o bien que tanta insistencia en quienes lo pasan mal termine por generar una específica desafección en quienes consideran que la exclusiva atención a los presuntamente más desfavorecidos termina redundando en que el resto de sectores sociales quede directamente relegado, cuando no olvidado, a la hora de diseñar las políticas públicas.

La combinación de un individualismo aparentemente de sentido común (como si el individualismo fuera una especie de estado de naturaleza, algo así como el punto de partida de todo)³ y un victimismo de nuevo cuño constituye un cóctel ciertamente amenazador para una izquierda que no parece acabar de saber en nombre de qué visión del mundo propia oponerse a un tipo de actitudes tan aparentemente obvias. Y, así, no es anecdótica su reacción de estupor cuando comprueba que sectores sociales que en principio deberían estar alineados con sus posiciones las abandonan en nombre de este sentido común tan aparentemente obvio. En el fondo, cuando alguien que se considera a sí mismo muy de izquierdas afirma que no hay nada más absurdo que un obrero de derechas está reconociendo -mientras cree, no sin cierta soberbia, estar endosándole al aludido la responsabilidad de su mudanza- que es incapaz de explicar la razón por la que votantes poco ideologizados han sido capaces de cambiar su opción de izquierdas, presuntamente natural, por una de derechas.

Para caer en la cuenta de su error deberían empezar por revisar sus propios supuestos. Uno de los que con mayor urgencia merecería revisión es su aceptación del discurso victimista. Porque buena es la persona que hace el bien (cosas buenas), no la que sufre el mal (le hacen cosas malas). Dar por descontado que quienes han sufrido algún daño, solo por ese hecho (sin más mediación ideológica), se pondrán del lado del resto de los que sufren no obtiene su aval en el terreno de los hechos, donde con demasiada frecuencia lo que rige es un descarnado sálvese quien pueda ultraindividualista. Restaurar el sentido de

³ A propósito de esta engañosa percepción, ha escrito Francis Fukuyama: “Aunque puede que el individualismo sea históricamente contingente, se ha incorporado de manera tan profunda a la idea que tienen las personas modernas de sí mismas que resulta difícil ver cómo revertirlo. [...] El individualismo [...] es una consecuencia de la modernización económica”, en *El liberalismo y sus desencantados*, Barcelona, Deusto, 2022, págs. 164-165.

pertenencia al grupo o clase social probablemente constituya el requisito indispensable para combatir las variadas formas de individualismo que hoy campan por sus respetos en nuestra sociedad. Un individualismo, por cierto, en buena medida potenciado por la estrategia ruinosa (sobre todo para la izquierda) de sustituir el combate ideológico y político propiamente dicho por las llamadas guerras culturales.

La lista de ejemplos de víctimas por completo insolidarias podría resultar extensísima, pero sin necesidad de remontarnos demasiado atrás podrían citarse los siguientes: los policías de frontera en el sur de EEUU con frecuencia son ciudadanos norteamericanos de origen hispano de segunda generación o afroamericanos, de la misma manera que los mandos intermedios en los campos nazis eran delincuentes comunes o que las manifestaciones anti-apartheid en la Sudáfrica todavía racista eran reprimidas, incluso con saña, por unas fuerzas del orden en buena parte formadas por individuos de color.

Ahora bien, no quisiera en modo alguno que las rotundas formulaciones anteriores deslizaran -ya encarando la conclusión- una imagen casi caricaturesca de la izquierda, presentándola como incapaz de entender lo que está pasando por su tozuda resistencia a reconocer los propios errores o por su impotencia para detectar las novedades de todo orden que no dejan de irrumpir en la esfera de lo real. Empecemos por señalar que la tarea de entender el presente no es, sin duda, una tarea fácil en sí misma. Veníamos advertidos, entre tantos otros por Stefan Zweig, de la enorme dificultad que constituye para los contemporáneos intentar comprender el propio presente. Tanta es la dificultad -por cierto, sobradamente constatada a lo largo de la historia- que se sentiría la tentación de ampliar la escala y afirmar que constituye un rasgo específico del ser humano esta ceguera ante el sentido de cuanto le ocurre, el cual solo se va mostrando, solo se va haciendo visible, en el mejor de los casos, ex post facto, a toro pasado. Y si esto vale en general, qué no decir de nuestro tiempo en concreto, caracterizado, como uno de sus rasgos más significativos, por una desatada aceleración que no hace más que ir en aumento, provocando el permanente cambio y transformación de cuanto nos rodea prácticamente en todos los ámbitos.

En diversos lugares he señalado que, en ese sentido, lo específico del momento actual no se agota en el ya conocido “no sabemos lo que nos pasa, y eso es lo que nos pasa” orteguiano, que todavía parecía mantener viva la expectativa de poder alcanzar el conocimiento de lo inicialmente ininteligible. Ahora parece haberse renunciado a dicha expectativa, haberse asumido que ese estupor es casi un estupor

constituyente del presente.⁴ Con el agravante de que no es un estupor que perjudique a todos los sectores ideológicos por un igual. Algunos de los que, en la izquierda, creían disponer de las herramientas teóricas más poderosas para ir disipando con la luz de la crítica la oscuridad del presente han dispuesto del desafortunado privilegio de ver cómo sus propuestas teórico-políticas se venían abajo, dando por clausurado el siglo XX y finiquitado uno de los más potentes proyectos emancipadores de la historia, dejando tras de sí un rastro de perplejidad teórica y de fracaso práctico.

Importa subrayar este doble nivel. Porque la falta de confianza en alcanzar la inteligibilidad del presente no es dissociable de la desconfianza en que las fuerzas políticas sean capaces de ofrecer alternativas que resuelvan los problemas e inquietudes de los ciudadanos. Y si de la primera carencia constituye una buena prueba el hecho de que el término incertidumbre sea el que en estos días con mayor frecuencia utilizamos para definir nuestras dificultades para la aprehensión de lo real, de la segunda también andamos sobrados de elementos que la ratifican. Hasta tal punto no resultan dissociables que tenemos derecho a sospechar que el real fundamento de nuestra incertidumbre (¿no tiene algo de contradictorio que en una época con un desarrollo del conocimiento tan grande esta sensación vaya en aumento?) es la desconfianza en el quehacer de quienes detentan el poder político.

Uno de los rostros, aunque no el único, de esta desconfianza lo representa el escepticismo de la ciudadanía en relación con la real importancia de la actividad de sus representantes públicos queda certificado por el dato objetivo de que, cada vez con mayor frecuencia, la inestabilidad política no afecta a la esfera económica. No harán falta mayores desarrollos para explicar esta desconexión, cuyo origen se encuentra en la devaluación de la política en cuanto tal. En efecto, desde el momento en el que queda convertida en mero espectáculo, o en que se incumplen, en ocasiones de manera incluso flagrante, las promesas electorales, la posibilidad de que la misma acabe resultando irrelevante desde el punto material se transforma en una amenaza real. De materializarse dicha posibilidad constituiría, a buen seguro, una mala noticia para la democracia, en la medida en que bien podríamos definirla ahora, tras todo lo expuesto, como la forma de la que nos hemos dotado entre todos para mitigar alguna de las

⁴ La última ocasión en la que me he referido a este asunto ha sido en mi texto “Sobre la importancia de esta conversación”, nota previa del compilador al volumen colectivo *Ante el desorden del mundo (odio, violencia, emancipación)*, Barcelona, Gedisa, 2023, volumen en el que, por cierto, se incluye una muy interesante aportación de Javier de Lucas titulada “Emancipación sin exclusión”.

incertidumbres generadas por la propia acción humana. O, por repetir la formulación del principio, la mejor manera de vivir juntos que hasta el presente habíamos sido capaces de construir.